

Joaquín Cifuentes Sepúlveda

El poema de la mujer agradecida

Del próximo volumen «La amada, mujer de treinta años».

CASA que a nadie había acogido era mi vida;
extraño, amigo ni primo hermano la halló franca.
Casa en el camino de San Clemente a la Argentina,
ahí donde el Maule forma collar a la montaña.

Vía de Mendoza, tú hacia la cordillera,
en medio de la caravana, lleno de polvo.
Yo aguardándote, sola, ahí en la carretera,
en mis manos un vaso colmado de regocijo.
Ante nosotros la barranca, el río y mi casa
entre durazneros. Luego mi dicha y tus palabras:
«Sin saber que existías mi amor vino a buscarte,
viajera de treinta años, alborozada aurora,
si hoy no hubiese encontrado tu huella en estos campos
yo te habría creado tal como eres ahora:
rubia y fina,
vino de alegría y entusiasmo, casa amiga
en el camino de San Clemente a la Argentina».

Sabor y color de la escondida flor serrana,
la que adorna el pecho de las dulces montañas
el día de sus bodas. Flor ávida y amorosa,
tu boca en mi boca como el cordero en la fuente.

Limpia alegría de las copas colmadas,
tu alma pródiga,
tu alma pródiga,
oh! infiel querido,
músico de mis lucientes cristales.

Mi ávida batería de copas
aún hoy, como intocada, responde a tus insinuaciones
con inusitado júbilo.
Ahora tu mano golpea su rameado dedal
contra la roja copa que es mi boca.

Realizada esperanza de treinta años
mi satisfecha vida os da las gracias:
Gracias, hombre, porque supisteis encontrarme,
diferenciarme y escogerme.

Gracias, hombre, porque supisteis despertarme,
estremecerme y encenderme.

Gracias, hombre, porque supisteis desearme,
y poseerme y secundarme.

Gracias, hombre, porque supisteis provocarme
y satisfacerme.